

LAS EMOCIONES DE UN JESÚS MUY HUMANO

“Por este motivo, el Señor Jesús, que se dignó llevar una vida humana en forma de siervo, pero que carecía en absoluto de pecado, hizo uso de las afecciones y afectos cuando le pareció conveniente. Porque la verdad es que en Él, que tenía verdadero cuerpo y verdadero ánimo de hombre, no era falso ese afecto humano. Luego, cuando en su Evangelio se cuenta que se contristó con ira sobre la dureza de corazón de los judíos; y cuando dijo: Me gozo por vosotros, a fin de que creáis; que derramó lágrimas cuando iba a resucitar a Lázaro; [...] que, al acercarse la pasión, su alma estuvo triste, se cuentan cosas verdaderas. Sin embargo, Él, por gracia y dispensación suya, tuvo estos movimientos en su ánimo humano cuando quiso; así como cuando fue su divina voluntad se hizo hombre”.
(S. Agustín, *La Ciudad de Dios* XIV 9,3).

La persona de Jesús de Nazaret ha marcado la historia y la cultura occidentales de los últimos XXI siglos. No obstante, ha sido un personaje sobre el que se ha debatido mucho, incluso la crítica desenfadada y tendenciosa de los tiempos modernos negó su existencia histórica. Esta negación, sin embargo, no tiene razón de ser. R. Bultmann, muy radical en la crítica evangélica, afirmaba: “Desde luego, la duda acerca de si Jesús ha existido realmente, carece de fundamento y no merece ni una sola palabra de réplica”¹. Las razones son obvias: nadie en la antigüedad negó su existencia, a pesar del interés que podían tener en ello los judíos y algunos paganos; las fuentes extrabíblicas hablan de él, etc. Por otra parte, bastaría un hecho de la vida de Jesús para probar su existencia. Ahora bien, la muerte de Jesús en la cruz es un dato completamente seguro, pues ya desde el principio fue un escándalo para los cristianos (1 Cor 1,23). Nadie, pues, pudo inventarla.

Por tanto, es difícil negar la humanidad de Jesús en puntos obvios: nació, sintió sed (Mt 25,35), hambre (Mt 4,2), cansancio (Jn 4,6) y murió (Jn 19,30-34). Experimentó una amplia gama de emociones. Muchos de quienes lo conocieron, especialmente los líderes religiosos, lo consideraron como un simple campesino galileo; parafraseando a la gente de Nazaret con la que creció, “es Jesús, un don nadie” (Mc 6,3). Además, fue tentado (Mt 4,1-11), característica que la Escritura niega de Dios (Sant 1,13). La ortodoxia afirma que la humanidad de Jesús constituye un factor crucial para nuestra salvación. A través de sus experiencias y sufrimientos como persona, Jesús se convirtió en nuestro sumo sacerdote (Heb 2,10-17; 4,15-16; 5,8-10), quien ahora intercede por nosotros (Rom 8,34). En este ámbito, la religiosidad popular hispana se ha caracterizado por resaltar la humanidad de Jesús durante la semana Santa, hasta plasmar de forma magistral el sufrimiento y el patetismo del dolor de Jesús en las impactantes tallas procesionales de los grandes maestros escultores. El hispano se sintió atraído por el sentimiento trágico de su vida.

No obstante, a pesar de reconocer el aspecto humano de Jesús, la teología cristiana siempre hizo más hincapié en su dimensión teológica – divina y la dogmática se encargaba de resaltar la divinidad de la segunda persona de la Trinidad. Pocas generaciones después de su muerte, algunos grupos de seguidores (docetismo

¹ *Jesus*, Berlin 1926.

gnóstico) acentuaron de forma excesiva la divinidad de Jesús hasta el punto de negar su humanidad: su cuerpo era pura apariencia o una imagen fantasmagórica, pero no realmente humano ni material. En el fondo de esta visión subyacía la concepción negativa de la materia, frente al espíritu bueno, de modo que un Dios redentor no podía contaminarse con la materia ni encarnarse. No extraña, pues, que un maestro del docetismo del siglo II, Valentino, describiera a su discípulo Agotópodo cómo Jesús, debido a su divinidad, no estaba contaminado por la carne:

“Jesús sobrellevaba todo, era dueño de sí mismo y actuaba de manera divina; comía y bebía de modo que no evacuaba los alimentos. Tanta era la fuerza de su continencia, que incluso el alimento en Él no se corrompía, pues Él no estaba sometido a corrupción” (Clemente de Alejandría, *Stromata* 3.7.59).

Estos grupos no representaban a la gran Iglesia, pues los antiguos credos confesaban que Jesús era completamente divino y totalmente humano. Una paradoja, sin embargo, no sencilla de combinar, por lo que la mayoría de los cristianos no tenía dificultad en creer la divinidad de Jesús, tal vez demasiado divino y aureolado, dejando en un segundo plano su humanidad.

Esa situación cambió en el s. XVIII con la investigación del Jesús histórico al insertarle dentro de su contexto histórico, religioso, social y político para comprender todas las dimensiones de su persona. Con ayuda de los métodos histórico-críticos y de las ciencias sociales, como herramientas heurísticas, se ha vislumbrado un Jesús “más humano” tras la pátina teológica que le ha ido recubriendo a la largo de los siglos de cristianismo. Y nada más humano que presentar aquí un retrato de Jesús usando el calidoscopio de brillantes colores emocionales que le atribuyen los evangelios, los cuales revelan lo que significa ser plenamente humano y divino.

1. Las emociones de Jesús

La psicología constata la dificultad de definir el concepto “emoción”, ya que implica un amplio espectro de experiencias que van desde actitudes, motivaciones y afectos hasta los sentimientos, estados de ánimo y pasiones. Cuando abordamos las emociones de Jesús, delimitamos la exposición a las referencias explícitas de los evangelios, de lo contrario se corre el riesgo de proyectar en el texto nuestras propias emociones.

El objetivo de este breve artículo no es proporcionar al lector un perfil de la personalidad integral del Jesús terreno, ni siquiera tratar de demostrar lo que le movió psicológicamente. Los evangelios no nos proporcionan suficientes datos para tal empresa. Nuestro objetivo es mucho más modesto: dejar que cada evangelio hable por sí mismo. Al igual que un artista, cada evangelista aborda su tema con habilidad única. Los retratos resultantes de Jesús serán tornasolados y variados, pues cada evangelio tiene sus propias preocupaciones y prioridades teológicas que colorean su iconografía. Es dentro de este marco donde se deben entender las emociones de Jesús. Estas no son meros adornos literarios para hacer la historia más interesante, sino que están diseñadas para contribuir a la imagen general que cada evangelio presenta de Jesús y han de entenderse dentro del marco suministrado por las teologías de los hagiógrafos.

En realidad, estos ofrecen pocas referencias a las emociones de Jesús. En total se pueden contabilizar unas sesenta menciones. La mayoría se encuentran en Juan, con un total de veintiocho referencias, seguido de Marcos, con dieciséis años. Mateo tiene diez, y Lucas solo seis. En comparación con el amplio espacio dedicado a su enseñanza, a los milagros y a la variedad de lugares visitados por Jesús, este resultado constituye un pequeño conjunto de datos.

1.1. Las emociones en el evangelio de Mateo

Desde el inicio, Mt deja claro que los orígenes de Jesús son humanos y divinos a la vez (hijo de David, hijo de Abraham y Emmanuel). Esta doble identidad constituye la clave para entender sus diez referencias a las emociones de Jesús, que representan una amplia gama de sentimientos. Jesús se asombra o admira (8,10), reprende con severidad (9,30) y tiene compasión (9,36; 14,14; 15,32; 20,32). En Getsemaní, se encuentra triste y angustiado (26,37). Más que eso, está abrumado de pena (26,38). En la cruz, en un momento culminante de emoción, pronuncia el grito de abandono (27,46). Es como si las emociones de Jesús fueran *in crescendo* a medida que avanza el relato.

En la curación del criado del centurión, Jesús se asombra “con gozo”, de que un centurión gentil crea que él pueda sanar con su palabra, mostrando así una visión de su identidad y anticipando la misión a los gentiles. Este forastero ha comprendido parte de la grandeza de la persona de Jesús, lo cual supera cualquier fe que Jesús había encontrado hasta ese momento en Israel, incluso la de sus propios discípulos, hasta el punto de que le declara digno de participar en el banquete mesiánico con Abraham, Isaac y Jacob (8,12).

Frente a esta emoción positiva, encontramos en Mt 9,27-31 una amonestación severa de parte de Jesús hacia dos ciegos sanados, conminándoles severamente a que guarden secreto: “Tened cuidado de que nadie lo sepa” (9,30). No sólo es una petición inusual, sino que lo hace en términos bastante duros, al emplear un verbo griego que contiene matices de ira e indignación (“guardaos de...”). Pero, ¿por qué esta reacción de Jesús con un tono tan estridente, cuando ellos se dirigen a él con el máximo respeto y exactitud teológica? Lo han llamado “Hijo de David” y se han dirigido a él como “Señor”, reconociendo así su autoridad real y divina. Habían llegado a la fe y lo habían identificado con mayor precisión de lo que lo había hecho el centurión. Entonces, ¿por qué esta reacción fuera de lugar? Si entendemos las emociones de Jesús a un nivel puramente humano, su reacción parece inapropiada. Pero se acaban de dirigir a él como se debe dirigir a Dios, por lo que debemos entender su reacción como divina. Ellos van a desobedecer. Tenían fe, pero no obediencia, “pues nada más salir, lo publicaron por toda aquella comarca” (v. 31). La acción de difundir públicamente la fama de Jesús como hijo de David, a primera vista inocua y digna de alabanza, complica y pone en peligro su ministerio, ya que propicia el primer gran conflicto con los dirigentes judíos (v. 34). Al advertirles severamente, Jesús preveía la tormenta que se le avecinaba. No es de extrañar entonces que sus palabras estén cargadas de ira e indignación. A menudo, su presciencia nos otorga la mejor herramienta heurística para explicar sus verdaderos sentimientos.

Estas dos primeras emociones de Jesús en Mt contrastan bruscamente. En ambos casos hay una petición de un milagro sanador y los peticionarios se dirigen a Jesús de forma respetuosa y correcta, pero a nivel emocional las reacciones de Jesús son muy diferentes. El centurión inspira su asombro. Los ciegos provocan una severa y enojada advertencia.

Sin embargo, la emoción dominante atribuida a Jesús en Mt será la compasión, con cuatro de las diez referencias: 9,36; 14,14; 15,32; 20,34, para lo que emplea el concepto griego *splanchnizomai*, un verbo que expresa la fuerte emoción de “tener gran afecto y compasión por alguien”. Ningún término en castellano trasmite toda su gama de matices: compasión, conmiseración, simpatía y sentimiento de compañerismo... Se trata de una forma de amor, pero diferente de otras, en cuanto que sugiere ciertas carencias o deficiencias. Su empleo en el NT se limita a los sinópticos para describir la actitud de Jesús caracterizando la naturaleza divina de sus actos. Al resaltar la compasión de Jesús hacia las multitudes y los ciegos, ¿quiere Mateo que sus lectores vean en él huellas del Emmanuel?

La multitud (9,35-38), en términos de su respuesta a Jesús, ocupa una posición intermedia entre los discípulos y los líderes religiosos (antagonistas), pues tiene conciencia de que Dios está haciendo algo especial en Jesús. Es esta reacción ambivalente ante el misterio de Jesús la que inspira su compasión y el redactor describe dicha carencia espiritual de las multitudes en términos gráficos: se encuentran indefensos, extenuados y abatidos, como un rebaño de ovejas a la deriva por falta de pastor y expuesto a los peligros de un desierto inhóspito. Dicha situación espiritual precaria conmueve profundamente el corazón de Jesús, impulsando su predicación y enseñanza, sus curaciones y exorcismos. Esta reacción es de un orden diferente a su asombro y a su severa advertencia, las cuales estaban dirigidas a individuos, mientras que su compasión se orienta a las multitudes. Al mostrar compasión, Jesús realiza las obras de Dios y conduce a la era mesiánica. La naturaleza divina de sus actividades se resume en el Salm 146 donde Dios “alimenta a los hambrientos” (v. 7, ver Éx 16) y “otorga la vista a los ciegos” (v. 8, ver Is 42,6), por consiguiente, dones de la época mesiánica (Is 29,18; 35,5; 42,7) y prerrogativas divinas. Además, la tarea de cuidar ovejas sin pastor en el AT será una empresa conjunta de Yahvé y su siervo David (Ez 34). De ahí que la manera en que Mt selecciona y retrata los actos de compasión de Jesús no es casual, sino que tiene profundas raíces veterotestamentarias.

Todas estas emociones expuestas de Jesús en Galilea y en las secciones del viaje están conectadas con milagros. Sin embargo, en la sección de Jerusalén, este paradigma cambia drásticamente, ya que sólo aparece una emoción de Jesús y es un dolor abrumador, que como dos devastadores tsunamis le golpean en Getsemaní (26,36-46) y en el calvario. En el primer relato, tras tomar consigo a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, Jesús comenzó a sentir “tristeza y angustia” (26,37). Estas dos palabras unidas, altamente descriptivas y con una gran gama de significados, representan un estado de agitación extrema. En ninguna otra parte del evangelio de Mt se encuentran emociones tan intensas y a flor de piel como en Getsemaní, lo que constituye uno de las vivencias más conmovedoras del NT, ya que Jesús se desmorona moralmente y reza a su padre con temor y temblor. Esta perícopa muestra a un Jesús tremendamente humano y vulnerable a la vicisitud humana. Su vigilia nocturna solitaria en Getsemaní parece no estar marcada por el control soberano de su destino, ni por la serena seguridad de la supervisión divina, sino por el desamparo y el abandono.

La descripción de Mt viene corroborada por la propia confesión de Jesús, una de esas pocas ocasiones en que revela sus verdaderos sentimientos más profundos e íntimos: “Mi alma está agobiada por el dolor hasta el punto de morir” (26,38). Se trata de una descripción conmovedora de su estado interior. La mayor afinidad de Jesús es con el salmista (Salm 42-43), pues ambos se encuentran abatidos y abrumados de dolor, no sólo por la oposición humana, sino por la ausencia divina.

El dolor y el desasosiego de Jesús son angustiosamente humanos. Lo vemos como nunca lo hemos visto antes, tan débil, vulnerable y emocionalmente fuera de control. Para algunos podría incluso parecer una figura patética. Pero estas emociones abrumadoras son en última instancia impulsadas no tanto por la fragilidad humana, cuanto por la presciencia divina de lo que se le avecinaba. Por lo tanto, sus emociones no surgen de algún presentimiento oscuro, sino de una previsión y entendimiento de que son únicamente suyas como el Emmanuel. Él es 'Dios con nosotros'. ¿Pero estará siempre Dios con él?

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (27,45-56) ¿Qué emoción se encuentra tras este grito? Tradicionalmente los teólogos han hablado de “un grito de abandono” con el que Jesús se preguntó por qué Dios lo había abandonado. En el grito de desamparo, este evangelio encuentra tanto su cenit como su nadir. En el capítulo anterior, sus discípulos le han traicionado (26,48-50), abandonado (26,56) y

negado (26,69-75). Las multitudes que habían adoptado previamente posturas ambivalentes ante su persona, se han vuelto decididamente en su contra (26,47.55; 27,15.20-24). Los líderes religiosos lo condenaron (26,66; 27,1) y se burlaron de él (27,41-43). Ahora bien, el mismo Dios parece estar de acuerdo con este veredicto humano unánime abandonando a Jesús (27,46). El misterio de los misterios, el Emanuel, 'Dios con nosotros', es abandonado por Dios. Parece que todo está perdido. Sin embargo, es precisamente aquí donde la historia de Mt alcanza su culmen.

1.2. Las emociones en el evangelio de Marcos

Ningún evangelio escudriña con más profundidad el alma de Jesús que Marcos, al captar la gama más variada de emociones, para lo que emplea catorce expresiones diferentes, en comparación con siete en Mt y cinco en Lc. Esta variedad es incluso mayor que la de Jn, pues aunque este último ofrece veintiocho referencias (16 en Mc), sólo utiliza nueve conceptos diferentes.

Las emociones de Jesús encontradas en Mt aparecen igualmente en Mc, si bien a veces con giros y matices ligeramente diferentes. Así, Jesús se asombra, pero esta vez no de la fe de un centurión, sino de la incredulidad de su pueblo Nazaret (6,6). Asimismo emite una severa advertencia, no a dos ciegos, sino a un leproso sanado (1,43). Como en Mt, se compadece de las multitudes (6,34; 8,2), así como de los necesitados: un leproso (1,41) y un niño epiléptico y su desesperado padre (9,22). En Getsemaní y en el calvario, Mc igualmente presenta a Jesús abrumado por el dolor, pero a veces su redacción es sutilmente diferente (Mc 14,33; 15,34, véase Mt 26,37; 27,46). El retrato de Mc es más complejo y matizado que el de Mt, no sólo por el mayor número de referencias y la variedad más amplia de términos empleados, sino también porque en ocasiones muestra a Jesús con emociones encontradas. De esta forma, Jesús tiene compasión de un leproso, pero al mismo tiempo lo despide con una severa advertencia (1,41-43). Su enojo con el leproso sanado no se debe a algo que el leproso *ha hecho*, sino a algo que *hará*: despreciará la autoridad de Jesús y desafiará su orden expresa. Está exasperado porque prevé la pronta desobediencia del hombre.

Otro ejemplo de emociones encontradas aparece en su reacción ante sus oponentes, con una combinación de ira y angustia profunda (3,5). La terquedad espiritual de los fariseos se expresó primero en silencio y luego en un complot malicioso para acabar con Jesús. Él está profundamente afligido por tal insensibilidad. Pero no se aflige *a causa de* los fariseos, sino *por* ellos. La dureza de sus corazones, que se encuentra detrás de su connivencia y conspiración, le afecta profundamente. Mc vincula ya la angustia de Jesús con la primera mención expresa de su muerte. En este episodio, el evangelista presenta a sus lectores una penetrante visión de la *psique* de Jesús. En lugar de ser incompatibles, su cólera y angustia se complementan, ya que la dureza de los corazones de los fariseos le causa dolor e ira.

a) Asombro (Mc 6,1-6a)

En diversas ocasiones, Jesús se topa con la incredulidad de su auditorio, pero sólo se sorprende de la falta de fe de sus paisanos. El asombro inicial de estos pronto se evaporó cuando consideraron sus orígenes familiares y se transformó en cinismo y sospecha. Para Jesús fue doloroso el hecho de que el rechazo y la incredulidad provengan no sólo de los líderes religiosos, sino de sus propios conciudadanos e incluso de su familia (3,20-21; 6,4), de aquellos que, humanamente hablando, deberían ser los más cercanos a su persona.

b) Compasión

Mc, al igual que Mt, menciona la compasión de Jesús en cuatro ocasiones. Dos de los cuatro casos se superponen. Ambos evangelistas se refieren a ella en relación a la alimentación de los cuatro mil (Mt 15,29-39; Mc 8,1-10) y los cinco mil (Mt 14,14-21; Mc 6,30-44). En Mc ya hemos presenciado la compasión de Jesús por un leproso (1,40-45) y la volveremos a ver en la curación del niño epiléptico (9,14-32). El modelo

constatado en Mt se repite en Mc, a saber, que la compasión de Jesús está invariablemente relacionada con los milagros. En ambos evangelios se alimentan grandes multitudes y se curan a los que sufren enfermedades crónicas, ya sea por lepra, epilepsia o ceguera. En estos milagros de donación y sanación, Jesús hace lo que en el AT sólo Dios podía realizar. Principalmente fue la necesidad espiritual de la multitud la que despertó su compasión. “Eran como ovejas sin pastor” (6,34). Su compasión se expresa primero mediante su enseñanza y sólo más tarde satisface sus necesidades físicas con pan y pescado (6,39-44). Tanto su enseñanza como su alimentación son expresiones de su compasión. Alimentando a los hambrientos, de nuevo realiza lo que en última instancia solo puede hacer Dios (Sal 145,15-16; 146,7). Igualmente, una multitud de cuatro mil personas extenuadas y hambrientas (8,1-10) provoca su compasión. En ambos casos Jesús satisface las necesidades de toda la persona. En la primera se centra en las necesidades espirituales de la muchedumbre, mientras que en la segunda el énfasis recae en lo físico, sin ser excluyentes, ejerciendo así un ministerio compasivo y holístico.

En otro texto, el Señor muestra compasión por un muchacho epiléptico (9,14-29). La respuesta de Jesús a la petición inoportuna del padre de tener piedad de él y su hijo, primero se dirige a la incredulidad del padre y sólo después se ocupa de la condición del niño. Destaca en esta perícopa que su compasión llega a través de un exorcismo.

c) Suspira

Solo Mc menciona en dos ocasiones que Jesús suspira en respuesta a situaciones muy diferentes. En primer lugar, el suspiro que acompaña a la curación de un sordomudo (7,34) denota la empatía de Jesús por el sufrimiento del hombre al compartir su angustia, pero la perspectiva de la curación que está a punto de ocurrir añade la dimensión del anhelo de un día mejor, cuando todas estas aflicciones sean cosa del pasado. El suspiro de Jesús en esta ocasión otorga voz a una compleja red de emociones. Por otro lado, cuando Jesús suspira profundamente ante la petición por parte de los fariseos de un signo del cielo (8,12), señala consternación por la obstinada incredulidad y la descarada tentación seductora.

d) Indignación (10,13-16)

Los discípulos indignan a Jesús no sólo porque tienen una comprensión tan tenue de la gracia de Dios, sino porque impiden el acceso de los niños a Jesús, obstruyendo así la gracia de Dios. Con su reprensión les imparte una buena lección: no inculca a los discípulos el consejo de «ser solidarios con los más vulnerables», sino cómo recibir la gracia de Dios y no obstaculizarla. El relato concluye con una parábola acerca de la gracia de Dios, una ilustración de lo que Jesús acaba de enseñar sobre los niños y su lugar en el reino. Le habían pedido que tocara los niños, pero él hace más. Puso sus manos sobre ellos y los bendijo (10,16). La narración establece un claro contraste entre la ternura de Jesús hacia estos niños y su indignación con sus discípulos.

e) Amor (10,17-22)

Las emociones contrastantes de Jesús en estos pasajes -su indignación hacia sus discípulos y su amor por el joven rico- sólo tienen sentido en el contexto de su mensaje general del reino (10,14-15), que es un mensaje de gracia. Se indigna con sus discípulos porque se interponen en el camino de la gracia de Dios. Por el contrario, mira fijamente con cariño al joven, le propone una transformación de su vida para que se arroje en manos de la gracia de Dios. Ante la dificultad de optar entre el “tesoro en el cielo” (10,21) y su propia “gran riqueza” (10,22), se decanta por esta última. Pero su decisión le deja insatisfecho y se marchó triste. Por consiguiente, estas dos emociones no son excluyentes, pues su pasión por ver la gracia de Dios en las vidas humanas impulsa tanto su indignación como su amor.

f) Dolor abrumador

En la sección de Jerusalén (11,1-16,8), las referencias a sus emociones en Getsemaní y en la cruz son casi idénticas en Mc y Mt, aunque la iconografía marquiiana es incluso más conmovedora. La decepción de Jesús viene causada no sólo por su círculo íntimo de amigos, sino especialmente por Simón Pedro, quien había declarado su mesianidad (8,29) y prometido permanecerle fiel (14,29). Ambos evangelios describen a Jesús como “perturbado” en Getsemaní. A esto Mt añade que se encontraba “triste” (Mt 26,37), mientras que Mc afirma que estaba “profundamente angustiado” (14,33). Esta profunda angustia causa en él un horror estremecedor ante lo que está a punto de suceder. En Marcos, la cruz proyecta una profunda y negra sombra sobre Getsemaní, constituyendo el grito de abandono en la cruz (15,34) el clímax de la narración del relato de la pasión y es aquí donde vemos sus emociones más intensas.

En conclusión, se puede afirmar que todos los temas principales de Mc convergen y culminan en la cruz. Es en la cruz y durante su preludio inmediato en Getsemaní donde Jesús experimenta sus emociones más intensas (14,33-34; 15,34) asumiendo la imagen del siervo sufriente (Is 53,3). Asimismo, en la cruz, el rey divino entronizado logra su mayor victoria. Pero sus penas no están confinadas a la pasión. El conflicto con sus oponentes que encuentra su resolución final en su muerte, se convierte ya casi en mortal en Mc 3,6, pues la dureza de corazón que está tras el complot de los fariseos angustia profundamente a Jesús (3,5). La posterior petición por parte de estos de una señal le llena todavía más de consternación (8,12). Incluso en su propia ciudad natal hay indicios tempranos de su rechazo final, una reacción de la que Jesús está asombrado (6,6). Su suspiro mientras sana a los sordomudos (7,34) se entiende mejor como expresión de compasión dolorosa, al tiempo que esperanzadora por la difícil situación del hombre. Emocionalmente este suspiro no está muy lejos de la compasión que muestra por los necesitados (1,41; 6,34; 8,2; 9,22). En estos actos de compasión, sin embargo, ya no vemos tanto al hombre de dolores como al Dios del nuevo éxodo de Isaías que ha venido a restaurar a su pueblo. Asimismo, también hay rastros de la figura del guerrero Yahwe que se enoja con el desafiante (1,43) y testarudo (3,5), y se indigna con sus propios discípulos (10,14). Pero incluso este guerrero muestra su lado más amable y cariñoso con quien busca seriamente la vida eterna (10,21).

La configuración de las emociones de Jesús en el segundo evangelio es compleja. El papel mesiánico del rey davídico proveniente de los salmos está recubierto con rasgos del siervo sufriente de Isaías que a su vez es la figura de Yahwe guerrero. Estos roles entrelazados se desarrollan en las emociones de Jesús. El resultado es un retrato de Jesús finamente matizado y cuidadosamente esbozado, una imagen detallada a nivel de emociones.

1.3. Las emociones de Jesús en el evangelio de Lucas

Sorprende que Lucas contenga pocas emociones de Jesús. Como en el caso de Mt y Mc, Lc describe algunos sentimientos de Jesús a lo largo de todas las secciones principales de su evangelio. En la sección de Galilea (4,14-9,17), Jesús se asombra del centurión en Cafarnaún (7,9) y su corazón se compadece de la viuda de Naín (7,13). En el viaje hacia Jerusalén (9,18-19,27) muestra dos emociones fuertemente contrastantes. Se llena de gozo cuando regresan los setenta y dos de su misión (10,21), pero se siente angustiado ante la visión de su propio sufrimiento y muerte (12,50). En la sección de Jerusalén (19,28-24,53), la única referencia segura a una conmoción de Jesús son las lágrimas que vierte por Jerusalén (19,41), ya que la angustia de Jesús en Getsemaní (22,44) se encuentra en versículos que son dudosos a nivel de crítica textual.

Lucas menciona sólo un puñado de emociones, pero estas mejoran magníficamente el retrato de Jesús que se ha propuesto dibujar. Jesús es presentado

como el hijo humano de María, el Hijo divino del Altísimo y el hijo de la dinastía real de David. Como personaje humano, divino y real, muestra gran simpatía por los que ha venido a salvar. Se sorprende cuando un centurión reconoce su autoridad. Muestra compasión divina hacia una viuda que acaba de perder a su hijo único. Se regocija en el Espíritu cuando ve que su misión se lleva a cabo y cuando reflexiona sobre su intimidad con el Padre. En una nota muy humana, está angustiado ante la perspectiva de su muerte y, como un profeta veterotestamentario, llora cuando entra en su ciudad real sabiendo que va a morir allí y que la ciudad está condenada. Sin embargo, su angustia e incluso su llanto serían inexplicables al margen de su conocimiento exacto de lo que le esperaba. Las emociones de Jesús en Lucas constituyen un brocado finamente bordado de su humanidad, realeza y divinidad.

Si la referencia a la agonía de Jesús no perteneció originalmente al evangelio, se podría pensar que Lucas ha presentado un relato restringido de la pasión. Sin embargo, Lc introduce simplemente el *pathos* en un punto anterior de su evangelio. Jesús está angustiado y su visión de Jerusalén le ocasiona un gran lamento. El llanto puede ser momentáneo, pero su angustia perdura. El asombro, la compasión, la alegría, la aflicción y el llanto, y posiblemente también la angustia, captan el cénit y el nadir de las emociones de Jesús. Así Lc presenta un caleidoscopio emocional que va desde lo más radiante o luminoso hasta lo más oscuro.

1.4. Las emociones de Jesús en el evangelio de Juan.

Aunque Jn menciona más frecuentemente las emociones de Jesús que el resto de los evangelios (veintiocho de las sesenta referencias se encuentran en Jn), la gama de emociones que registra es comparativamente modesta. El sentimiento más recurrente es el amor de Jesús (18x). En tres ocasiones se indica que está preocupado, dos veces que está profundamente conmovido, y una vez que se regocija y derrama lágrimas. También hay dos alusiones a su alegría y una a su celo. Todo ello representa un total de sólo seis emociones diferentes. Por otra parte, la presentación de las emociones en Jn es complementaria, pero distinta de la de los sinópticos. En estos, los sentimientos de Jesús se distribuyen de manera equitativa a lo largo de las principales secciones de los evangelios y están relacionados con los milagros o la pasión de Jesús. En Jn, por el contrario, las emociones se limitan en gran medida a dos acontecimientos relevantes: la resurrección de Lázaro (cap. 11) y el discurso de despedida (cap. 13-17). Como los sinópticos, Jn tiende a vincular las emociones de Jesús con los milagros y la pasión, aunque lo hace a su manera.

Las emociones de Jesús en las secciones del evangelio de Juan

<i>Prólogo e introducción (Cap. 1)</i>	
El libro de los signos (Caps 2–11)	Celo (2,17) Amor (11,3.5.36) Regocijo (11,15) Profundamente conmovido (11,33.38) Preocupado – turbado (11,33) Llanto (11,35)
Transición (Cap. 12)	Preocupado – turbado (12,27)
El libro de la pasión/Gloria (Cap 13–20)	Amor – verbo (13.1[2x].34; 14,21.31; 15,9.12) El discípulo amado (13,23; 19,26; 20,2) Preocupado – turbado (13,21) Amor – nombre (15,9.10.13) Alegría (15,11; 17,13)
Epílogo (Cap 21)	El discípulo amado (21,7.20)

El prólogo de Juan presenta a Jesús como el Verbo hecho carne, sugiriendo su doble identidad humana y divina. A través de su encarnación, Jesús asume la humanidad en toda su transitoriedad, vulnerabilidad, fragilidad y mortalidad. Asimismo, sus alusiones al Génesis y el Éxodo establecen las bases para la presentación de Jesús como la Palabra divina de la creación, Él es el Señor de la alianza, y su encarnación prepara el escenario para su papel como sacrificio de la alianza en la cruz.

Para comprender las emociones de Jesús en Jn, no es suficiente colocarlas en categorías “humanas” o “divinas”. Estas, a menudo, adquieren su significado e intensidad en la interacción de los papeles de Jesús como el Señor de la alianza y el sacrificio de la alianza. Por lo tanto, en la primera emoción que se le atribuye (la expulsión de los mercaderes del Templo a causa del celo por “la casa de mi Padre”, Jn 2,16ss), Jesús muestra conjuntamente el celo del justo sufriente y el santo celo del Señor de la alianza contra el falso culto. Del mismo modo, el amor de Jesús por la familia de Betania (Jn 11,1-44), a primera vista, indica una estrecha amistad humana, pero a medida que se desarrolla el relato, este amor adquiere profundidad e intensidad y resulta redentor. Como en los sinópticos, otras emociones que parecen suficientemente humanas en sí mismas se vuelven virtualmente inexplicables al margen de la presciencia divina que las sustenta, tal y como se constata en el encuentro de Jesús con María tras la muerte de Lázaro, un texto con una elevada carga emocional. Así, el regocijo de Jesús ante la noticia de la muerte de Lázaro (11,1-6) sería totalmente inapropiado si no fuera por el hecho de que podía prever la importancia de la revivificación de Lázaro para la fe de los discípulos. De la misma manera, su ira ante la tumba de Lázaro (11,32-44) y su estado de ánimo atormentado ante la visión de su propia muerte sólo se hacen comprensibles desde la perspectiva de la presciencia.

En el relato de la muerte de su amigo Lázaro, al llanto de los que le rodeaban, Jesús se muestra profundamente conmovido de espíritu y turbado (11,33). Esto es seguido por su propio llanto (11,35). Cuando Jesús llega a la tumba, se encuentra profundamente conmovido (11,38). El complejo conjunto de emociones de Jesús contenidas en 11,33-38 pudiera hacernos pensar que han sido motivadas por la aflicción por la pérdida de un amigo y su familia desolada, lo que le ha llevado a mostrar simpatía humana sintiéndose conmovido y turbado en su interior y exteriorizándolo mediante lágrimas en sus ojos. Por consiguiente, una reacción típicamente humana. Pero se indica un componente más: su ira o agitación interna. ¿Qué causa esta fuerte emoción?

A menudo se sugiere que Jesús estaba enojado por la incredulidad, pero es más probable que se deba a su propia muerte que vislumbra en el horizonte, la que lo conmueve tan profundamente. Al enfrentarse a la muerte de Lázaro se está enfrentando a su propia muerte. Una segunda fuerte emoción de Jesús en respuesta al llanto en su derredor es transmitida por la palabra “turbada”, que denota una profunda perturbación emocional, que lo vincula de forma estrecha a la figura del siervo sufriente. Por lo tanto, la expresión inusual «se turbó» no resalta necesariamente el dominio de sí mismo, ni disminuye en modo alguno su humanidad, sino su identificación con el justo sufriente. Al igual que el salmista (Salm 41,6.12; 42,5), Jesús experimenta esta sensación de estar dividido entre emociones conflictivas, que abarcan el miedo y la tristeza, así como la sensación de estar dividido entre la ira y el dolor.

Por consiguiente, el cap. 11 expresa profundamente tanto la humanidad como la divinidad de las emociones de Jesús. Su amor y sus lágrimas pueden apreciarse plenamente a nivel de consideraciones puramente humanas. Por otro lado, su ira, su alegría y su angustia no pueden ser adecuadamente entendidas sin atribuir un grado

de presciencia divina (o al menos sobrenatural) a Jesús. Si se elimina este factor, sus reacciones emocionales se vuelven difíciles, si no imposibles, de comprender. Por lo tanto, mientras que el amor y las lágrimas de Jesús son reacciones humanas bastante normales y deben ser entendidas como tales, no se puede decir lo mismo de su alegría, ira y angustia. Estas emociones no son normales, sino que provienen de la presciencia de Jesús. Este se alegra porque sabe que devolverá la vida a Lázaro y que, como resultado, los discípulos creerán. Al mismo tiempo, está íntimamente indignado y afligido porque prevé su propia muerte y percibe el conflicto espiritual implicado. La pasión es inminente, lo que ocasiona emociones fuertes e inusuales en Jesús.

Cuando Jesús declara: "Ahora mi alma está perturbada" (12,27), expresa una emoción muy humana. Detrás de esta emoción, sin embargo, hay una vez más un conocimiento sobrenatural de lo que se avecina. Jesús está anticipando su muerte, pero no será una muerte humana ordinaria, ya que la hora de su muerte conlleva el juicio del mundo y la expulsión del tirano (12,31). Sin embargo, así como Jesús se enfrenta a una lucha titánica con implicaciones universales, observamos en su reacción una indicación de su verdadera humanidad.

Por lo que respecta al discurso de despedida, destacan el empleo del vocablo "amar" con sus matizaciones y la figura del discípulo amado. El evangelista reserva el uso de este verbo en imperfecto (pasado continuo) para el amor de Jesús por el discípulo amado, quien simboliza el discípulo ideal. Por su parte, con el verbo en aoristo se indica el amor de Jesús como Señor de la alianza - un amor sacrificial por el cual demuestra que él es el "Yo soy". Estas variaciones de tiempos verbales reflejan diferencias funcionales. Jesús ama a sus discípulos como su pueblo de la alianza (aoristo) y ama al discípulo amado como su hermano (imperfecto). Su amor por el discípulo amado implica un amor familiar posible gracias a su muerte en cruz, después de la cual se extiende por implicación a todos los discípulos. De ahora en adelante puede referirse a todos ellos como hermanos. Los tiempos aoristos e imperfectos del verbo "amar" designan así dos funciones complementarias ejercidas por Jesús, que son respectivamente el papel divino del Señor de la alianza y el papel humano de ser hermano del discípulo amado y, por consiguiente, de los otros discípulos y de cada creyente. En última instancia, ambos amores se expresan de forma suprema en su muerte. Murió por sus amigos y, por consiguiente, los convirtió en sus hermanos. La misma relación se ve así desde dos perspectivas complementarias.

Los restantes tiempos verbales de "amar" presentan una vez más a Jesús en un papel divino. El amor que tendrá (futuro) hacia el discípulo obediente (14,21: "Quien acepta mis preceptos y los pone en práctica, ese me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre") es como el del Padre y coincide con la venida del Paráclito (14,16.17.26). El amor que él tiene (presente) por el Padre (14,31) llega a expresarse en su obediencia hasta la muerte, pero al mismo tiempo fluye del amor mutuo entre él y el Padre en cuyo seno reside (1,18). Mientras que el amor de Jesús hacia el Padre se expresa en obediencia, esta obediencia, a su vez, produce como resultado alegría (15,11; 17,13). Esta alegría es una emoción compartida con los personajes humanos del evangelio; pero porque surge de una obediencia que implica la cruz, se convierte en alegría plena, más allá de la simple comprensión. La alegría de Jesús es paradójica en el sentido más profundo. Como Señor de la alianza, se regocija ante la perspectiva de convertirse en el sacrificio de la alianza.

Aunque la presentación de Juan de las emociones de Jesús es marcadamente diferente de la de los sinópticos, hay una característica que comparten los cuatro evangelios. Sus observaciones iniciales acerca de Jesús proporcionan la matriz en la que actúan las emociones. En el caso del cuarto evangelio, las emociones de Jesús no tienen como objetivo mostrar su dimensión más humana. Más bien, destacan la complejidad de su persona cuando la Palabra se hace carne y la motivación de sus

emociones rara vez se puede explicar en términos puramente humanos. Consciente de sus orígenes cósmicos y destino divino, Jesús experimenta emociones que son extraordinarias, paradójicas y a veces también misteriosas e incomprensibles. A menudo se encuentran más allá del ámbito de la experiencia humana normal.

2. Conclusión

Tras esta breve presentación se puede preguntar si el principio de la *imitación Christi* se aplica no sólo a la ética, al estilo de vida y a las relaciones personales, sino también a las emociones que reflejan el núcleo mismo de nuestras personas. ¿La transformación espiritual en el sentido bíblico significa una reproducción de las emociones de Jesús en la vida de sus seguidores?

La doctrina de la encarnación de Cristo necesita ser apreciada en toda su complejidad y plenitud. En Jn 1,14, esta doctrina se expresa radicalmente en la proposición de que «el Verbo se hizo carne». Como hemos visto, esto implica que, aunque divino, Jesucristo abrazó plenamente nuestra humanidad en toda su fragilidad, transitoriedad, vulnerabilidad y mortalidad. Por consiguiente su genuina humanidad no puede ser cuestionada. Como ser humano, Jesús tuvo un temperamento determinado que formaba parte de su identidad, aunque los evangelios no proporcionan información suficiente al respecto, pues para los escritores del NT no es un tema central.

Además, las emociones de Jesús son las emociones del Mesías. Como tales, se encuentran en dos grandes contextos: en la realización de milagros y en la anticipación de la pasión. Como Dios, puede prever el futuro. Conoce de antemano lo que le va a suceder, lo cual determina sus emociones, tal y como hemos visto en la perícopa de Lázaro, cuya muerte no le aflige en un primer momento. A nivel humano, esta reacción emocional no es normal. Pero su presciencia divina otorga a esta emoción un significado completamente diferente. Él sabe que devolverá la vida a Lázaro y puede prever lo que significará este signo para la fe de los discípulos. Así se explica su alegría. En otras ocasiones, el conocimiento de Jesús sobre el futuro también proporciona la mejor interpretación de sus emociones, como es el caso de su agonía y el dolor en Getsemaní. La intensidad de sus emociones se debe a un conocimiento detallado del futuro que rara vez acontece entre los mortales.

Por lo tanto, los cristianos del siglo XXI no pueden emular al pie de la letra las emociones de Jesús, ni compartir su temperamento humano y menos reclamar una identidad mesiánica o divina. Entonces, ¿la experiencia de las emociones de Jesús desempeña algún papel en la transformación espiritual personal? ¿Se puede esperar que alguna de las emociones de Jesús pueda ser reproducida en las vidas de los cristianos?

Para responder a estas cuestiones tenemos que tener en consideración la cuestión hermenéutica del género literario “evangelio”. Los evangelios son principalmente narrativos, y no es la naturaleza de la narrativa ser normativa o prescriptiva, sino generalmente descriptiva. Por lo tanto, los lectores de la Biblia no están más obligados a imitar las emociones de Jesús que las de Pablo. Los cristianos deben emular las emociones de Jesús cuando se imponen en pasajes prescriptivos de la Escritura, como en las Epístolas y en las enseñanzas de Jesús. Por lo tanto, se exhorta a “regocijarse con los que se regocian” y a “llorar con los que lloran” (Rom 12,15), a “amarse profundamente del corazón” (1 Ped 1,22) y a “revestirse de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia” (Col 3,12). Sobre todo, está el primer y más grande mandamiento de “amar al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente” (Mt

22,37), y también el segundo que es semejante, “amar a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,39).

El NT está repleto de desafíos emocionales sin que los cristianos intenten reproducir meticulosamente las emociones expresadas por Jesús. No estamos diseñados para ser clones emocionales de Jesús. Más bien, es a través de la obra transformadora del Espíritu Santo que los creyentes debemos estar cada vez más capacitados para responder a las situaciones de manera emocionalmente apropiada de acuerdo con el temperamento y la personalidad, que Dios nos ha concedido.